

ACTO TERCERO.

ESCENA PRIMERA.

Cuarto en el palacio de Fores. — BANQUO solo.

Señor eres ya de Glamis y príncipe; los enigmas no fueron á tí falaces. Mas con juego parricida quizá ganaste el augurio de las falsas profetisas. El trono, empero, negaron y la corona á tu línea; y dijeron que raíz, tronco y principio sería yo de muchos soberanos. Si abandonar la mentira pudieron aquella vez las nocturnas adivinas, y á tí, Macbeth, no engañaron, ¿por qué de sus profecías no he de tener confianza...?

ESCENA II.

Música. — BANQUO. MACBETH vestido de rey. LADY MACBETH vestida de reina. LENOX. ROSSE. SEÑORES. SEÑORAS. ACOMPAÑAMIENTO.

Macb. Mi amigo Banquo, cumplida felicidad te deseo.

L. Macb. Nuestro Banquo... gran desdicha su ausencia fuera por cierto; y pobre festín sería el nuestro si él no le honrase.

Macb. Yo me prometo que asista el mejor de mis vasallos al banquete.

Ban. Mi sencilla lealtad y mi amor, señor, á serviros solo aspiran siempre y en todo.

Macb. ¿Esta tarde cabalgas?

[39]

Ban. Me proponía hacerlo así.

Macb. Pues entonces... tu voz noble siempre y digna

deseaba en mi consejo. Mas no importa; que otro día daremos á este negocio. ¿Vas lejos?

Ban. Cuanto permita la luz del sol cabalgar; y si mi baidon no aguija á la noche una ó dos horas pedir tengo.

Macb. No se diga, empero, que al festín faltas.

Ban. Lo prometo.

Macb. ¿Las noticias no has oído más recientes? Dicen que hallaron guardada

en Inglaterra é Irlanda nuestros primos; maravillas cuentan por allí á las pientes; y ambos niegan la perfidia

execrable de su hazaña. Pero de esto cuando asistan los ministros al consejo se tratará. ¿Y compañía te hace Fleance en tus paseos?

Ban. Sí señor, que á la fatiga ha de usarse el buen soldado ya desde la cuna misma. Con vuestra venia, señor.

Macb. A Dios, Banquo, hasta la cita. Veloces sean tus corceles y dóciles á la brida; te encomiendo á su nobleza. A Dios.

ESCENA III.

TODOS, *menos* BANQUO.

Macb. El tiempo que dista hasta el festín, caballeros, quedais libres; mas cumplida

satisfacción tendré luego al veros, pues me precisa estar hasta entonces solo. A la hora convenida...

(*Salen todos los señores y damas.*)

ESCENA IV.

MACBETH y UN SIRVIENTE que sale despues.

Macb. ¿ Esperan esos hombres?

Criado. Estan, señor, ocultos en palacio.

Macb. Entren sin dilacion.

(Sale el criado.)

No es existencia

la que se arrastra así, pues no es segura.

Mas á Banquo sospecho cada instante;

que en su mente magnánima domina

la inspiracion divina

de temible virtud. Audaz, prudente,

orgullosa y paciente,

de vigor rico, de ambicion y calma,

al poder de su alma

sirve de docta guia

la firme y perspicaz sabiduría.

Solo de Banquo el poderoso aliento

me puede intimidar; pero me siento

ante su jenio mustio y humillado

cual á vista del Cesar Marco-Antonio.

Ceño duro y airado

mostró Banquo á las brujas previsoras

que el trono me ofrecian,

aunque á su descendencia prometian

con recóndito arcano

tambien cetro y dominio soberano.

Corona infructuosa

me anunciaron con lengua misteriosa;

y estéril monarquía,

que ha de arrancarme un dia

el destino fatal, sin que á mi muerte

mis hijos me sucedan. Si la suerte

así lo decretó, manché mi alma

por los hijos de Banquo; en su provecho

teñí con sangre de Duncan el lecho.

Para alcanzarles el augusta palma,

cargué yo de rencores ponzoñosos
el bajel de mi paz; con triste-halago,
del ánima inmortal, por ellos hago
presente al enemigo de los hombres;

porque con rejos nombres,

poderosos ocupen rejia silla

los que enjendraré ¡oh Banquo! tu semilla.

Antes que así se cumpla, ven, destino,

ven á lidiar conmigo en cruda guerra

por los ámbitos yertos de la tierra

y perezcamos todos. ¿Quién va? ¡Hola!

ESCENA V.

EL MISMO. DOS ASESINOS y UN CRIADO que vuelve á salir cuando Macbeth se lo manda.

Macb. (Al criado.) Hasta que llame espera.
(Sale el criado.)

Me parece

que nos vimos ayer.

Ases. 1.º Si así os agrada.

Macb. Ya desde entonces meditado habreis

el peso y gravedad de mis palabras;

recordareis que él fue quien os condujo

en el pasado tiempo á la desgracia

y á la dura afliccion. Ya os hice bueno

por qué medio á los dos se extraviara;

cómo vuestros designios se cruzaron;

cuáles los instrumentos que labraban

vuestro mal y ruina; y otras cosas

que á la razon dijeron menos sana

esa es obra de Banquo.

Ases. 1.º

Así lo oimos.

Macb. Así os lo demostré con pruebas claras;

indicando, además, cuáles serian

los negocios que aquí nos ocuparan.

¿De paciencia tan grande estais dotados

ó tan benignas son vuestras entrañas

que no os muevan al mal tantos ultrajes?

¡Domina el Evangelio vuestras almas
tanto que bien hagais al que os persigue
y cuya fuerte mano os doblegara
hasta dar en la huesa vuestra frente
y hundir en la miseria vuestra raza?

Ases. 1.º Somos hombres, señor.

Macb. Sí, como tales
en el registro estais de jente humana.
Mas advertid que gozques y lebreles
y dogos en comun perros se llaman;
aunque suele el catálogo hacer luego
reseña de los dones que otorgara
nauca liberal á cada uno;
estos pausados, esos de batalla,
venatorios aquellos ó domésticos,
el protocolo dice que señala
su título especial á cada clase;
y así los hombres. Ahora bien: si plaza
teneis en la trailla y no es acaso
la postrera y mas vil y desdichada,
hablad; y tal asunto á vuestros pechos
me atrevo á transmitir, que hoy mismo caiga
vuestro duro enemigo y yo consiga
con mis vasallos tiempos de bonanza.
Mi salud yace enferma de su vida;
y solo con su muerte se aliviara.

Ases. 2.º Soy un hombre, señor, á quien el mundo
tantos reveses dió y heridas tantas,
que en mi foror hiciera cuanto es dable
por injuriar al mundo.

Ases. 1.º Tan ingrata
me fue siempre fortuna, estoy tan harto
de sus desastres, penas y desgracias,
que arriesgara mi vida á cualquier juego
para perderla pronto ó mejorarla.

Macb. ¿A Banquo conocéis por enemigo?

Ases. 1.º Sí, mi señor.

Macb. Pues á mortal distancia
eslo mio tambien; y cada instante
que su execrable vida se dilata,

es para mi existencia aguda vira
que la mente y el pecho me tajadra.
Y aunque pudiera con legales formas
y con designio y pública venganza
borrarle para siempre de mi vista,
me es fuerza conocer que á Banquo aman
muchos de mis primeros cortesanos
y no puedo abdicar su confianza;
lamentar me es preciso la caída
del mismo á quien aterro; y que velada
la muerte quede que le deis vosotros
en misteriosas sombras, tan opacas
que no haya luz que penetrarlas pueda.

Ases. 2.º Se cumplirá, señor, como lo mandas.

Ases. 1.º Aunque mi propia vida...

Macb. Resplandee
vuestro espíritu ya en vuestras miradas.
Á lo sumo en un hora os diré dónde
emboscaros debéis. Las circunstancias
estudiad mas prolijas del momento,
del sitio y la sazon; y que grabadas
os queden en el ánimo de modo
que imposible encontréis el olvidarlas.
Esta noche se cumpla; del palacio
entre las alamedas separadas,
pues de mí han de alejarse las sospechas;
y porque la obra quede consumada,
sin retazos, sin dudas ni tropiezos,
ya que Florence su hijo le acompaña,
y su ausencia me importa por lo menos
al par de la del padre, vuestras armas
le envuelvan de aquel hora en el destino.
Resolveos aparte en esa estancia.

Ases. 2.º Ya lo estamos, señor.

Macb. Entrad os digo:
yo volveré á buscaros sin tardanza.
Concluyó este negocio. Si está escrito
¡oh Banquo! que en su vuelo irá tu alma
á descansar al cielo, tu viaje
para esta misma noche se prepara.

ESCENA VI.

Otro lugar del palacio. — LADY MACBETH y UN CRIADO que sale luego.

L. Macb. ¿Ha salido ya Banquo de la corte?

Criado. Sí señora, mas presto se le aguarda.

L. Macb. Dile al rey mi señor que solicito un momento de audiencia.

(*Vase el criado.*)

L. Macb. Nada, nada se consigue; hay de mí! si á enorme precio el logro de un deseo al fin se alcanza sin goces ni alegría. Es mas seguro víctima perecer de mano airada, que ser su inmolador, así aspirando del júbilo á gozar la imagen vana.

ESCENA VII.

LADY MACBETH. MACBETH.

L. Macb. Y bien, noble señor, ¿por qué tan solo?

¿por qué solo el pesar os acompaña?

¿por qué os alimentáis de pensamientos que ya morir debieron con su causa?

Lo que acaso carece de remedio

debiera carecer de remembranza:

lo que hecho está se olvide ya por hecho.

Macb. Quebrantó la serpiente nuestra audacia, pero no la hemos muerto; que repuesta á su ser volverá; y abandonada

y de la antigua mordedura en riesgo

quedará al fin nuestra malicia infausta.

Descoyúntese, pues, naturaleza;

los ejes del empuje se deshagan;

sufran los mundos todos en buen hora,

antes que nuestro pan al labio vaya

amasado en terror y en amargura;

antes que hórridos sueños de fantasmas pueblen nuestro dormir. Mas nos valiera con los muertos estar que ya lanzara nuestra mano al sepulcro, que la vida entre afanes pasar siempre angustiada. Duncan duerme en su buca reposado: de la ajitada vida en paz descansa. Cuanto mal/la traición hacerle pudo ya consumado está: ni alevé daga, ni ponzoña ó revueltas interiores ó guerras extranjeras, de su calma romper el curso pueden.

L. Macb. Señor mío, suavizad vuestras ásperas miradas; mostraos en el festin jovial y afable á las turbas de nobles que os aguardan.

Macb. Así lo haré, señora, y te suplico que en el banquete así también lo hagas. Á Banquo recordemos con frecuencia.

Tus ojos y tu lengua las mas altas lisonjas le prodiguen. Inseguros estamos; oh mujer! cuando en las aguas de la mentira nuestro honor manchado nos es fuerza lavar. ¿Cuánta constancia para trocar cada hora voz y rostro en visera del alma atribulada porque así sus facciones no se vean!

L. Macb. No desgarréis, señor, las hondas llagas del corazón doliente.

Macb. Amiga, esposa, millares de escorpiones, las entrañas me corroen con diente venenoso. ¿Sabes que Banquo y Fleance ora cabalgan y que alientan felices?

L. Macb. ¿Pero el plazo es de su vida eterno?

Macb. La esperanza de que son vulnerables me consuela. Regocíjate, pues, que antes que el alba termine del murciélago enclaustrado

el fatídico vuelo; antes que salga
escamoso nocturno escarabajo
con el zumbido de las negras alas
tocando soñoliento, infausto doble,
oirás un hecho de hórrida importancia.

L. Macb. ¿Y cuál es?

Macb. De este crimen sé inocente
hasta que consumado ya le aplaudas.
Ven, ven, lóbraga noche, y cubre el día;
y con mano invisible, ensangrentada,
rompe las ligaduras que me oprimen
y el rostro empalidecen. Tu luz clara
ya se condensa ¡oh día! y ya hácia el bosque
hiende el cuervo los aires; ya se alzan
los oscuros ajentes de la noche,
mientras la última luz cede y se apaga.
Mis acentos te causan maravilla;
no quieras penetrar en lo que callan;
pues las obras que en mal se principiaron
solo el mal las prosigue y las acaba.
Ven conmigo, señora.

L. Macb. Ya te sigo.

ESCENA VIII.

Parque con una alameda que conduce al palacio.

TRES ASESINOS.

Ases. 1.º ¿Quién mandó que te juntaras
con nosotros dos?

Ases. 3.º Macbeth.

Ases. 2.º ¿A qué tanto requisito?

¿Qué tenemos que temer
cuando nuestro oficio sabe
y á qué venimos?

Ases. 1.º Pues bien,
acompañenos si quiere
y alerta. Ya no se ven
lucir en el horizonte
huellas del día que fue.

Ya el retardado viajero
aguija su paláfrén
y la venta apetecida
piensa á la distancia ver.

Presto vendrá el que aguardamos.
Ases. 3.º ¡Silencio! Que oigo el tropel
de jentes y de caballos.

Ban. ¡Una luz! ¡Hola! (*Desde adentro.*)

Ases. 2.º Y él es;
que los otros convidados
ya estan dentro.

Ases. 1.º Viene á pie
y los caballos entrega.

Ases. 3.º Así acostumbran hacer
los que acuden al palacio;
que hay orden para que den
allí sus cabalgaduras.

ESCENA IX.

LOS MISMOS. BANQUO y FLEANCE precedidos de UN
CRIADO con un hacha encendida.

Ases. 2.º Aquí llega.

Ases. 1.º Arremeted
con firme aliento.

Ases. 2.º Trae luces.

Ases. 3.º ¿No nos puede conocer?

Ases. 2.º Manos á la obra y firmes.

Ban. Me temo que va á llover.

Ases. 1.º ¡Caiga el agua! (*Asaltándole.*)

Ases. 3.º y *Ases. 2.º* (*Arremetiendo.*) Caiga, caiga.

Ban. ¡Traición! ¡Fleance!

Ases. 1.º Muere, infiel.

Ban. Huye, Fleance, hijo querido;

huye y véngame despues.

¡Vil esclavo!

(*Muere Banquo. — Fleance y el criado huyen.*)

Ases. 3.º ¿Quién la autorcha
apagó?

Ases. 1.º ¿Qué no hice bien?

Ases. 3.º No ha caído mas que el padre.

Ases. 2.º Pues si el hijo se nos fue,
la mejor mitad perdimos
del negocio.

Ases. 1.º Vamos, ven
á decir lo que hemos hecho.

ESCENA X.

*Sala de estado en el palacio.— Banquete preparado
con la posible ostentacion en las luces y lujo de la
mesa y de los concurrentes.— Entran MACBETH, LADY*

MACBETH, ROSSE, LENOX, SEÑORES Y ACOM-
PAÑAMIENTO.

Macb. Supuesto que sabéis, nobles señores,
la gradacion debida y los honores
que goza cada cual, tomad asiento;
como huésped tambien sentarme cuento.

Señores. Señor, agradecemos la merced.

Macb. Alegres vuestras copas disponed,
que yo la bienvenida
pediré á nuestra huésped.

L. Macb. Cumplida
yo os la mando, con toda la elusion
que inflama mi amistoso corazón.

ESCENA XI.

*EL PRIMER ASESINO se presenta embozado en la puer-
ta; mientras LOS SEÑORES hablan le observa*

MACBETH.

Macb. Y ellos te corresponden
y con el grato corazón responden
iguales en amor y cortesía.
Tambien se iguala, pues, vuestra alegría;
ahora me sentaré; gozad en tanto
de jovial libertad el dulce encanto.

[49]

Llédense vuestras copas.

(En la puerta al asesino, aparte.)

Traes la frente

manchada en sangre.

Ases. Y aun está caliente,
que es la sangre de Banquo.

Macb. ¿Le has matado?

Ases. Yo mismo el corazón le he traspasado.

Macb. ¡Escelente puñal! Tambien lo fuera
el que á su hijo Fleance muerte diera.
Si así lo hiciste tú no tienes precio.

Ases. Fleance, señor, huyó.

Macb. ¿Pues cómo, necio,

le dejaste escapar, si su existencia
es la grave dolencia
de mi presente estado?

Si no fuera por él consolidado
cual fuerte roca mi poder se hallara
y cual los aires libres se espaciara;
ora me siento estrecho, reducido
y entre dudas horribles comprimido.
¿Está Banquo seguro?

Ases. Heridas veinte
distribuidas entre cuello y frente,
mortal la mas pequeña, le hemos hecho;
y mas de doce abrimos en su pecho;
en una zanja queda. Estais servido.

Macb. La serpiente cruel postrada ha sido;
el gusano escapó; pero su seno
antes de mucho enjendrará veneno:
de robustez carece todavía...
Vete y vuelve mañana al ser de día.

ESCENA XII.

TODOS, menos EL ASESINO.

L. Macb. ¿No brindas, caro esposo?
¿Cuán triste es el festin mas suntuoso
si alegres brindáis, si franqueza pura,

nó vierten mientras dura
cordialidad en torno!
¿Qué mas brillante adorno,
qué manjar exquisito se hallaría
mas sabroso que amor y que alegría?

Macb. Tu justa correccion, señora, admito.
(Brindando.)

Brindemos porque siga al apetito
plácida digestion, salud robusta.

Rosse. ¿Pero su alteza descansar no gusta?

Lenox. ¿No os sentais, mi señor?

(Aparece el espectro de Banquo, y se sienta en el sillón de Macbeth.)

Macb. En este punto

mis techos cobijaran todo junto
el honor de la Escocia, si presente
Banquo se hallara entre mi noble jente;
con nosotros se muestra desdeñoso.

Rosse. Y su oferta en cumplir poco afanoso;
mas que os plazca señor, os rogaría
hacernos compañía.

Macb. Dejadme, pues, un lado.

Lenox. Teneis el lugar vuestro reservado.

Macb. ¿Adónde?

Lenox. Aquí, señor.

(Macbeth mira al sillón, ve la sombra de Banquo y se estremece.)

A la cabeza.

¿Está acaso indispuerto vuestra alteza?

Macb. ¿Quién osó entre vosotros hacer este?

Señor. ¿El qué, príncipe augusto?

Macb. No me podrás decir tú lo has dispuesto.

Hácia mí en vano tu semblante adusto
dirijes sacudiendo en guisa fiera
la ensangrentada y yerta cabellera.

Rosse. Su alteza no está bien; alzad, señores.

L. Macb. Recobrad vuestros puestos: los dolores
de crónica dolencia le atormentan
y se agravan y aumentan,
si alguien el mal examinar parece

que desde la niñez el rey padece;
cenad en paz os pido.

¿Eres hombre, Macbeth? (*A Macbeth.*)
Macb. Sí, y atrevido,

pues mirar puedo aquello que cegara
al mismo Lucifer si lo mirara.

L. Macb. ¿Miseria infatuacion y desventura!

¿No ves que esas fantasmas son pintura
de ignoble miedo y del terror son hijas?

Siempre á tus ojos fijas,

ya la figura vaga

de uno que feneció; y ya la daga
que imaginaste ver en tu despecho
cuando buscabas de Duncan el lecho.

Estas súbitas rachas y temores,
(del miedo vil aciagos impostores)
estos misterios tristes y portentos,
recítense en los cuentos

con que anciana matrona se recrea
sentada al fuego de ancha chimenea
en las noches de invierno;

que son en tí, señor, baldon eterno:
¿cuando todo acabó Macbeth se humilla?
¿los ojos clavos en la hueca silla?

Macb. Le ves; mírale allí, mira cuál mueve
la sangrienta cabeza y vista leve.

¿Qué me importan tus señas y misterios?
Si ya pueden volver los cementerios,

desde su seno inmundo,
los cadáveres yertos á este mundo,
las entrañas serán de los milanos
de hoy mas los aposentós
de nuestros funerales monumentos.

(Desaparece el espíritu.)

L. Macb. ¿Cómo? ¿tan abatido? ¿tan postrado?

Macb. Si cierto es que aquí estoy, Banquo ha estado
ocupando esa silla.

L. Macb. ¿Qué demencia!

Macb. En los antiguos tiempos, con frecuencia
sangre humana ha corrido;

antes que depurada hubiera sido
 con leyes y estatutos nuestra suerte.
 Desde entonces también se han dado muerte
 los hombres, perpetrando alevosías
 por inauditas y horriboras vías.
 Pero cuando el cerebro roto estaba
 ó la cabeza al tronco se arrancaba,
 la vida fin tenía y fin completo,
 sin que volviese tétrico esqueleto
 al mundo del viviente,
 con cien asesinatos en la frente
 y con mirar terrífico y extraño
 á usurpar nuestra mesa y nuestro establo.

L. Macb. ¡Ah con cuánto dolor, cuánta tristeza
 os ve así padecer nuestra nobleza!

Macb. Deudos y amigos, perdonad mi estado.

La antigua enfermedad se ha renovado
 y me aquejaba ahora,
 pero súbitamente se mejora.
 Salud y amor á todos los presentes;
 de aromáticos vinos transparentes
 colmad hasta los bordes,
 las copas de oro en el placer acordes;
 con júbilo brindemos;
 y antes que yo me sienta,
 gozosos y á la par las apuremos.

(*Se levanta el espectro de Banquo.*)

Á la salud de nuestro amigo ausente,
 del gran Banquo, behamos;
 pues todos deploramos
 su lamentada ausencia;
 y la benevolencia
 os sirva de placer y de provecho,
 que respira mi pecho
 con vuestro amor ufano.

Señores. (*Bebiendo.*) Por el brindis que ha dado
 el soberano.

Macb. ¡Afuera, espectro, aparta de mi vista!

Pide á Dios que te asista;
 de tuéanos carcece tu osamenta;

no hay calor en tu sangre; no, ni hay cuenta
 ni hay espeonación en la mirada
 que tienes en mis ojos enclavada.

L. Macb. Considerad ¡oh pares! solamente
 en esta enfermedad un accidente
 ya en mi noble señor envejecido;
 siento que agüe el contento prometido.

Macb. Haré cuanto hacer pueda hombre animoso.

Preséntate á mi vista como el oso
 remendado de Rusia; ó á mi mano
 como el rinoceronte ó tigre hircano;
 ó toma otra semblanza aun mas horrenda;
 y en batalla tremenda
 agota tu despecho
 contra mi fuerte brazo y duro pecho;
 ó vuélvete á la vida
 y con lanza temida
 mas que en la tempestad el ígneo lampo,
 espérame en el campo;
 y si tu hierro evito fulminante
 no me tengas en mas que á tierno infante
 de mozueta liviana.

(*Desaparece el espíritu.*)

¡Huye, huye de aquí, vision horrible;
 huye, espectro temible;
 fujida sombra fiera;
 imagen pavorosa, afuera, afuera!
 ¿Y cómo así? desapareció y al alma
 tornan la fuerza y la pérdida calma.
 Mis amigos, repito que os sentéis.

L. Macb. La alegría, señor, turbada veis
 con tan fatal desorden.

Macb. ¿Pues acaso
 pueden tales visiones abrir paso
 por nuestra fantasía
 y el alma verlas impasible, fria,
 cual ven los ojos que á los cielos sube
 en el verano pasajera nubê?
 de mi propia entidad dudar me hiciste
 al observar que en paz tal cosa viste;

y que el infierno mismo no te humilla,
ni sus matices roba á tu mejilla,
mientras baña las mías el temor.

Rosse. ¿Qué visiones son esas, mi señor?

L. Macb. No, no le interrogéis, os lo suplico;
cuando su mal se agrava como ahora,
dánale ver en torno jentes juntas,
las palabras le dañan y preguntas,
solo en la soledad halla mejora.
Dejadle, mis amigos, yo os lo ruego;
no os tenga la etiqueta. — Salid luego.

Lenox. Mejoría á su alteza deseamos.

L. Macb. Feliz noche, señores.

Lenox.

Vamos.

Señores.

Vamos.

(Salen señores y acompañamiento)

ESCENA XIII.

MACBETH. LADY MACBETH.

Macb. Mi sangre Banquo anhela, que ha corrido,
siempre sangre por sangre en este mundo.
De su cepo profundo
las montañas tal vez se han desprendido
y al mar se han arrojado.
Los árboles se dice que han hablado;
y hoy la entraña observando de los cuervos,
adivina el augur de hombres protervos
los hechos sangüinarios
y de la muerte los sucesos varios.
¿Qué hora podrá ya ser?

L. Macb. Pronto la aurora
disputará el imperio de esta hora
á la noche callada.

Macb. Macduff no tuvo en nada
desairar mi convite.

L. Macb. Ya lo he visto,
y el despecho y la ira mal resisto.
¿Sabes la causa tú?

Macb.

La sabré presto;

que en casa de esos nobles que detesto
tengo muchos criados
con oro y esperanzas sobornados.
Antes que soplen matutinas brisas,
consultaré también los profetisas.
Yo buscaré remedio,
yo sabré lo peor por el peor medio.
Cedan causas y efectos al bien unio;
que de sangre vadeo un ancho río;
y si seguir temiera,
mas largo y mas tedioso volver fuera
de en medio la corriente,
que el tránsito cumplir. Tengo en la mente
cosas en embrión de grande empeño.

L. Macb. Pero advertid, señor, que os falta el sueño
preciso á la natura.

Macb. Vámonos á dormir. Esta tristura
que continuo me ajita,
el temor ha de ser, que necesita
árdus costumbre y fuerza:
nos es nueva esta vía;
uso le falta al crimen todavía.

ESCENA XIV.

Un campo yermo. — Truenos. — Entran HÉCATE y
LAS TRES BRUJAS.

Bruja 1.ª ¿Estás, Hécate, airada?

Hécate. Y acaso ¿no es sobrada
de mi ira la razón?
¿no es presuncion,
loca al par y atrevida,
que de muerte y de vida
con Macbeth trafiqueis
y parte no me deis,
á mí, que de vosotras soy señora
y única constructora
del mal y del horror?

Pero es peor
 que haya tornado vuestro afán prolijo
 en favor de un mal hijo;
 iracundo, perverso,
 que á vosotras adverso,
 solo á sí propio ama,
 con tal llama
 de egoísmo,
 que el abismo
 no bastará á calmar.
 Compensad, pues, la falta cometida
 por lijereza insana;
 y mañana
 acudiréis al antro de Aqueronte
 en el seno del monte;
 donde venciendo orgullo y altivez
 concurrirá Macbeth.
 Allí os preguntará su propio sino
 y del destino
 los misterios futuros.
 Aprestad, pues, hechizos y conjuros,
 encantos y vasijas,
 místicas baratijas
 de virtud infernal.
 En un caso fatal,
 aciago,
 yo por el aire vago
 la noche pasaré;
 y acabaré
 cosas jigantes,
 antes
 que matizando el cielo de arrebol
 por el dorado oriente salga el sol.
 Suspendida del cuerno de la luna
 voga en éterea cuna,
 y por los aires flota,
 una gota
 luciente,
 de vapor trasparente,
 que poderes ocultos en sí encierra.

Antes que baje á tierra
 de recojerla curo
 para hacer un conjuro;
 y con májicas artes destilada,
 de su morada
 evocará fantasmas infernales,
 espíritus fatales,
 que con voz peregrina
 le arrastren á su mal y á su ruina.
 Despreciará por ellos á la suerte;
 despreciará á la muerte;
 y alzará su esperanza
 mas que el temor ó la virtud alcanza.
 La vana confianza,
 * es para los mortales
 el mayor y mas crudo de los males.
 (Música.)
 Me llaman; voy,
 que vuestra reina soy.
 Ya en nacarada nube por la esfera
 mi familiar espíritu me espera. (Sale.)
 Bruja 1.^a Hermanas, no tardemos;
 pues pronto ha de venir, apresuremos.
 (Salen.)

ESCENA XV.

Aposento del palacio de Fores. — LENOX y OTRO
 SEÑOR.

Lenox. Acertaron mis discursos el designio de tu
 mente;
 mejor pudiera el ingenio interpretarlos; conviene,
 empero, ser cautelosos. Al rey Duncan mano aleve
 arrebató vida y cetro; y eso que Macbeth ardiente
 amor por Duncan sentia. Quiso Banquo ser jinete
 y halló sepulcro en el yermo. ¿Quién sabe si le dió
 muerte
 á Banquo Fleance su hijo, puesto que huyó? Reco-
 jerse

temprano es sabio consejo en tiempos como el presente.

Por lo demás fue monstruoso que al anciano rey hiriesen

sus propios hijos; atroz. ¿Y cuánto á Macbeth le duele!

Á su piadoso furor ¿no se debió incontinente el castigo de los reos? ¿No mató á los delincuentes, del sueño y de la ebriedad esclavos? ¿no fue prudente su conducta en aquel caso? ¿Pues quién con ojos pacientes

negar luego viera el hecho á los dos guardias alevos? Sostengo que hizo muy bien; y aun mas digo: me parece

que á estar los hijos del rey en su poder (y la suerte los defiende de este mal) vieran lo que era atreverse á matar su mismo padre; y tambien la mano fuerte de la justicia alcanzara al traidor Fleance. Cuenta

no obstante, ser cautelosos... que á Macduff las redes tienden

por algunas imprudencias y porque faltó al banquete. ¿Sabeis adónde se halla?

Señor. Si los rumores no mienten á Inglaterra se ha fugado; cuyo santo rey protege al heredero de Duncan. Macduff hará que las jentes de guerra que Siward manda, con las fronterizas

huestes, en pro del jóven Malcolm la justa guerra comiencen. Entonces, si lo permiten los cielos omnipotentes, volverá el pan á las mesas; el sueño al lecho in-
clemente;

libertad á los festines y al otoño ricas mieses. Prestaremos nuestro feudo como á los nobles com-
pete;

pero á Macheth estas nuevas exasperan y estremecen; y no tardará el tirano, si pronto no le acometen, en prepararse.

Lenox. ¿Fue cierto que á Macduff llamar hiciese?

Señor. No hay duda; mas el mensajero despreciando

Macduff, vuelve

absoluta negativa; y á juzgar del continente y jesto del mensajero, iba allá para sus mientes diciendo: llegará el día que el no muy caro te cueste.

Lenox. Así aprenderá á guardar la distancia conveniente.

Algun anjel del Señor con él á Inglaterra llegue; y al santo rey Eduardo las desgracias le revele que aflijen á nuestra patria, misera, triste y doliente; para que piadosos vengan sus inclitos combatientes, de bendiciones orladas las almas y espadas fuertes; y quebranten la coyunda que nuestros cuellos sostienen.

Señor. Los cielos oigan piadosos tus gemidos y tus pñeces.

Lenox. Escuchad á quien os pide justicia, cielos clementes.

